LA PROSA DEL ASFALTO

EXTRACTOS TRADUCIDOS DEL FRANCÉS

Tenía siete u ocho años, pero en cuanto los feligreses abandonaban el lugar, yo me precipitaba hacia el pan y el vino. Y mi padre se reía. Puede que de ahí venga todo, esa no aceptación de los límites que me reprochan. Él hubiera debido reprimirme, pero en lugar de eso, se reía.

© Dominique Abel

Mi infancia es mi mayor riqueza, y yo crecí en la *Butte Rouge. Allí vi de todo. Crecí en medio del sonido de las máquinas tragaperras, pues las paredes eran de papel y nuestro vecino, el "Tunecino", tenía una docena de ellas. Todo el barrio venía a jugar allí, de día o de noche.**

La mujer del tercer piso, de la familia Azzura, se tiró un día por la ventana huyendo de su marido que la amenazaba con una pistola. Ni siquiera murió, se quedó paralítica en una silla de ruedas para el resto de su vida.

Recuerdo a Titi Legaréresse, compañero incomparable de juegos en el descampado de enfrente. A los 11 años, le atropelló un coche que circulaba a 80 por hora, allí junto a las casas -no había ninguna señal de tráfico, ninguna protección, ningún ralentizador. Todos los niños del barrio estuvimos presentes cuando le pusieron en la camilla. El hueso de la tibia le asomaba por la pierna rota. Nadie decía nada, la densidad de ese el silencio era terrible. Estuvo gritando mucho y luego, de repente, se calló, no sé si desvanecido de dolor o porque le pusieron una inyección. Cerraron las puertas de la ambulancia, empujándonos hacia los lados, como asquerosos pequeños mocosos. Titi se quedó cojo para siempre, de los que andan arrastrando la pierna.

Un día murió su padre, bebía mucho desde que se había quedado en el paro. Fue una Nochevieja. Estaba mirando la tele en silencio, el programa festivo de despedida del año, con todas esas chicas que bailan con botas hasta los muslos bajo los focos de colores. El presentador de la velada felicitó a los telespectadores el nuevo año: -*"Les deseamos a todos un muy feliz año nuevo..."* Y él, el padre, con los ojos nublados, con todos sus críos alrededor, y todos sus perros, miró al presentador y le dijo de repente: -*"Háblale a mi culo, que mi cabeza está enferma"*. Y al decir esto le dio un ataque al corazón, fulgurante, murió en el acto. Su mujer le pidió a mi padre que le enterrase, "para la salvación de su alma".

No éramos muchos en el cementerio: los hijos, la mujer, y nosotros, los hijos del pastor. Al descender el féretro, la mujer dijo en voz baja -y pese a estar llorando se rió cuando pronunció aquellas palabras: -*"¿Saben cuáles fueron sus últimas palabras?: ¡Háblale a mi culo que mi cabeza está enferma!"*.

La *Butte Rouge* hizo de mí una rebelde desde la edad de la razón hasta hoy, y lo seguiré siendo, siempre. No se puede hacer nada en contra de eso. Ha sido la consecuencia inmediata de lo vivido, y no de lecturas o de una experiencia cultural e ideológica. Primero, uno siente la injusticia, es sólo más tarde, cuando crecemos, que la juzgamos.

***La Butte Rouge* ("*Cerro Rojo*") fue uno de los primeros HLM de Francia, literalmente, "Alojamiento de Alquiler Moderado", llamados también "ciudades dormitorio".)**

© Dominique Abel

He ido andando un buen rato, de incógnito, detrás de E., en ese barrio que había filmado, y del que me conocía algunos rincones como la palma de la mano. Sabía adónde se dirigía, y estaba decidida a seguirle hasta el final, porque me negaba a creer que fuese cierto: no, él no. Su andar era inseguro, y murmuraba cosas que parecían más maldiciones que palabras con sentido. Su enjuta silueta, que conocía tan bien, siempre elegante en su extrema delgadez, parecía ahora condensar todo el vicio, la indolencia y la pobreza del mundo. Vacilaba. Reconocía sus finos dedos, su melena tenía el mismo color negro de antes pero había envejecido. A ratos sentía cierta preocupación: pese a que estuviese hablando solo, temía que notase que le seguían, pues de vez en cuando giraba la cabeza, dejándome ver así un perfil impregnado de una tristeza y de una distinción increíbles. Entonces, de repente, le llamé sin querer, grité su nombre. Su mirada, totalmente distraída hasta ese momento, se crispó en una décima de segundo, escrutando alrededor con una mezcla de ansiedad y confusión. En un instante se había transformado en un animal acorralado, cualquiera hubiera dicho que iba a esfumarse o a agredir. Me hallaba a veinticinco metros de él, ¡su mirada me atravesó sin reconocerme! No podía ser, me palpé, yo seguía siendo la misma, ¡¿cómo es que no me veía?! Sentí, al mismo tiempo, desilusión, asco y compasión. Después reanudó su penosa marcha hacia su única meta y yo no di un paso más: me dejé caer ahí, en el bordillo de la acera. Anochecía y, aquí y allá, encendían sus "candelas".

© Dominique Abel

Sí, se suicidó. Parece que de algún modo, se lo reprocháis.
Yo también cuando lo supe, sentí primero ira, y ante todo pensé que la muerte nunca es una solución. Lo pensé, porque, como muchos otros, he pasado por el círculo infernal, temible, reiterado de esa tentación. Y porque una vez, me salvé por los pelos. Reiterada sí, desde mi edad de razón, ante y con el dolor de mi madre.
Años más tarde me dio cierta repugnancia el proceso y el hecho de llegar hasta ahí, porque en definitiva no era más que el resultado de los malos tratos que me infligía a mi misma, mis elecciones difíciles, arriesgadas y para empezar una completa falta de respeto por mi salud. Es entonces al sentir esto, cuando nos damos cuenta del desperdicio, y nos sentimos indignos, ¡indignos de vivir!

Cuando ya no vemos ninguna puerta abierta, pensamos que es un gesto elegante, porque los seres queridos no merecen padecer nuestra desesperación, pero al mismo tiempo sentimos que puede, por el contrario, parecer obsceno a ojos de los demás, ser percibido como un acto de cobardía ante la vida, y además como la consecuencia de habernos dado demasiada importancia. ¡Pero nadie elige vivir, luego deberíamos tener derecho a elegir nuestra muerte!
Y sin embargo, así son las cosas, este acto suscita invariablemente una reprobación: el sufrimiento que esa persona causa a sus "próximos". ¡Es injusto! Torturarse a propósito de ella, es como insultarla, es un agravio que le hacéis aún después de muerta y sin daros cuenta siquiera. Los muertos no dan lecciones de moral a los vivos, ni siquiera exigen comprensión.
Todo lo que ella hizo desde su nacimiento hasta el momento en que terminó con sus días, sólo podemos entenderlo e interpretarlo de manera equivocada, y la muerte de toda persona que se suicida viene de alguna manera a sellar esa incomprensión, a fijarla para siempre. Morir es rechazar cualquier entendimiento, y para siempre, por parte de los demás. Nadie puede entender los actos de un muerto, nadie pues está capacitado para excusarlo o juzgarlo.

© Dominique Abel

(...) Y después, el baño, pequeño pero fresco, con las sombras de los ramajes colándose por el ventanuco.
Me bastó, veinticinco años más tarde, con entrar allí un instante, para que acudiera a mí súbitamente aquel otro momento crucial en mi vida, en que, por segunda vez, la decepción me dejó fulminada. Estaba lavándome la cara cuando entró mi hermana Carolina a hacer algo que ya no recuerdo. Estaba indignada, como consecuencia de una llamada de teléfono de la mujer a quien las dos detestábamos. Más bien yo deduje que se trataba de eso. Entonces le pregunté, como buscando algo de sosiego: -*"Pero..., no han llegado a acostarse, ¿verdad?"*. Ella se encogió de hombros: -*"¡Pues claro que sí!"* Yo debía de ser aún demasiado pequeña, demasiado ingenua, lo cierto es que todo sobre lo que se basaba mi existencia se derrumbó de golpe, los cimientos de mi alegría, de mi confianza. Todo lo que constituía mi ser. Carolina salió tras haber pronunciado, sin darse cuenta, lo que para su hermana pequeña era una frase fatídica. Recuerdo que les oía discutir a ella y a mi padre, pero que no les escuchaba, porque estaba sintiendo cómo, lentamente, todo se derrumbaba en mi interior. Aún me veo a mí misma en el espejo, cepillándome el pelo una y otra vez, mientras mis lágrimas corrían y corrían...

© Dominique Abel

A.
El sufrimiento y la extrema soledad, él los atenúa con la insolencia. Es ésta lo que le hace resistir, lo que le da, contra viento y marea, esa alegría impertinente que les irrita y que a veces se les hace odiosa.
Él grita su verdad, y lo más asombroso es que ésta es coherente con su vida: es prodigiosa una independencia así… Tiene la misión de esa verdad y es necesario que haya alguien para decirla, pero le hace ser detestable.

De todos modos, no le queda otra elección. Ha ido sumiéndose cada vez más en ese absoluto, por fidelidad a lo que ha recibido, porque es inolvidable. Él conoce el valor excepcional, incomparable, ancestral de ese cante. Todo lo demás para él es traición.
No hace diferencia entre ese cante y su forma de vida, y es en esto también en lo que se manifiesta su fidelidad, su fuerza: si se pusiera a vivir como todo el mundo, ya no podría cantar con esa rabia, perdería la deslumbrante virulencia de ese cante que hiere… y alivia.
Ahí está: esa concepción suya le aísla irremediablemente, ya que no tiene nada que ver con el mundo moderno. Él rechaza: es rechazado a su vez.
Le da igual, sufre mucho menos de lo que disfruta con ello.

Es igual que las cavernas que habitaban los primeros hombres, y sólo a su lado hallo la paz de la querida oscuridad, frente a sus falsas *"luces"*.*
Allí encuentro el recogimiento de mi persona y su despojamiento; sí, se opera como un milagro en su presencia. Nuestras almas se sonríen en la oscuridad, con las manos enlazadas en secreto.
No me queda entonces más que lo esencial, lo vital; vuelvo a ser una niña, o bien me siento una anciana. Ya no tengo edad alguna, no estoy en ningún lugar, salvo en el instante mismo. Por fin a salvo de los juicios normativos, restrictivos, que confunden el ego con la soberanía...
¡Uf! Por fin, alguien con quien entenderme. ¿Molesta yo por la fuerza de su ego? ¡Al contrario, sosegada! Ojala hubiese más "egos" así, en la antítesis de la sed de reconocimiento, únicamente colmados de sí mismos, de su riqueza íntima, de la intensidad con la que viven todo. Y si de ello resultan algunas obras, no son más que las salpicaduras de esa profusión interior, de tanta personalidad, de tanta originalidad.

***Tantos "Les Lumières", en el sentido histórico, el Renacimiento y todo lo que de ello se derivó hasta hoy: esa fe en el hombre y en el progreso, como las luces, los "strass" en el sentido del Show Bizz, del Star System**

© Dominique Abel

Yo no era más que una cría en mayo del 68, la pequeña de la familia, pero incluso más allá del ejemplo de mis hermanos mayores, todo me parecía de lo más natural aunque no supiera nada todavía, hasta tal punto venimos al mundo con nuestra época en las venas.
La revolución sexual resultaba ya dolorosa observada a distancia, desde mi preadolescencia.
Cuando luego la viví en primera persona, apenas adolescente, resultó algo más bien trágico para mí, porque había de fondo, como en relación directa con todo eso, la relación de mi padre con una mujer (algo más que "une affaire" –espantoso término), a causa de la cual fue destinado a provincias, y sobre todo, el terrible sufrimiento de mi madre, que yo había hecho mío.
Pese a todo, tuve que entrar en aquella "revolución" haciendo de tripas corazón: no podía hacer otra cosa, la época lo pedía, era un dictado tan fuerte como lo había sido la represión; era lo que tocaba y ya está. No entrar en ella significaba el miedo a quedarme sola para siempre, y, más que una falta de independencia de mi parte, creo que eso fue lo determinante en mi caso, que yo no quería seguir estando sola (mis hermanos mayores se habían quedado en París) en medio de mis padres mientras ellos se arrancaban la piel a tiras. Quería vivir, costase lo que costase, tener amigos y ser aceptada por el otro sexo, más aún: conquistarle, a modo de venganza (recién instalados en Provenza, después de la expulsión de mi padre, se apoderó de mí este asombroso pensamiento: *"¿Así son los hombres? ¡Pues se van a enterar...!"*). Funcionó de maravilla, porque yo era tan inocente como taimada, ya sabía ocultar muy bien mi juego, mis terribles complejos y el tremendo retraso en mi desarrollo físico.
Pero nunca me equivoqué al respecto: esa "libertad" era estrafalaria. ¡Jamás he visto tantas situaciones absurdas a mi alrededor, tanta inconsecuencia! Acostarse con todo el mundo, no tenía ningún sentido. Mi cuerpo me conocía mejor que yo misma, si así puedo decirlo, y se negaba obstinadamente a entregarse, cualquiera que fuese la personalidad del "cazador", ya fuera el Don Juan de las clases mayores del Instituto, ya el chico malo y tierno de los barrios conflictivos, o el guapo tenebroso de origen protestante... Era algo superior a mí, siempre, en el último momento, cuando ya era demasiado tarde para echarse atrás sin provocar cierta mortificación –en mí, al tener que defenderme, en el otro, al verse rechazado-, tenía que salir escapando. Y huía ya muy violentada, como el animal que a duras penas sale de una cruel trampa, o sea, algo dañada.
En realidad, yo era mojigata y profundamente romántica, no tenía madurez sensual ni deseo alguno. Sólo los hombres maduros me comprendían y me sentía más atraída hacia ellos; creo que se quedaban impresionados por mi lucidez y mi dolor, siendo tan "niña" -así amé a mi profesor de Historia y Geografía, y él a mi, lo cual pagó caro, el pobre.

Finalmente, me obligué a ello, afectando incluso una indolencia que podía asemejarse a cierta desgana por pura indiferencia, mientras me aplicaba por dentro a vivirlo lo menos dramáticamente posible: como se juega uno la vida a todo o nada, echando el resto en la apuesta. No creía tener otra elección; aún no me había llegado la menstruación, y ya había hecho el amor por vez primera: ¡Penoso!... Hoy me pregunto si esa pretendida ligereza –por otra

© Dominique Abel

parte bastante usual entonces, pues se trataba de la misma mentira en todos- me protegió un poco del mal que ello me hizo, o, si por el contrario, esa mentira, en la que no creía, me dañó doblemente. Los llamados precursores eran en su gran mayoría niños mimados, críos en el terreno emocional, seudo artistas cretinos, y todo ello era vivido en medio de un profundo desequilibrio. Pero cualquiera hubiese dicho, aunque no se sabía bien por qué, que era preciso que ello se hiciera... Visto desde la perspectiva de 2005, todo está claro: no se trataba más que de nuestra entrada en la muerte consumista y mundialista...

© Dominique Abel

"No es necesario saber a dónde vas, hay que ir."

Así nos fuimos de repente, mi amor y yo, "a vivir en España" en el 83. Llegamos con las manos abiertas y los bolsillos vacíos, mil francos, no había más.

No sabíamos donde íbamos, pero era preciso: cuando se presenta una necesidad tan irreprimible, por irracional y poco razonable que parezca, uno nunca se equivoca.

© Dominique Abel

El Eterno Masculino: lo que no cambia en los hombres, sea cual sea su edad, procedencia social, nacionalidad, cultura… Es increíble: el olor y la respiración son únicos, pero el sueño... El sueño es el mismo, o mejor dicho, ellos son los mismos en el sueño. Los hombres suelen dormir bien, sobre todo después de haber hecho el amor. Duermen como perros roncadores, con la misma despreocupación; imperturbables. Suben los agudos, bajan los graves... Aburridas, acabamos por encontrar una canción que se acopla a tan dulce nana... De repente, no lo puedo resistir: me pongo a silbar a contratiempo, durante la inspiración. Eso altera un momento el ritmo de los más sensibles, entonces se dan bruscamente la vuelta, aplastando parte de mi cuerpo, con ese soberbio descuido de los dueños...Y el ronquido arranca de nuevo, más fuerte. ¿Como dormir junto a los hombres? Ellos saciados, nosotras, por el contrario, ahora desveladas y animadas, nosotras y nuestro *"¡más!*". Pero ya no hay nadie. Sólo ese ronquido y nuestros miembros aplastados con la máxima inocencia. ¿Como podríamos culparles? Aguantamos sin rechistar, abiertos los ojos en la oscuridad, en nuestra repentina y acostumbrada soledad... Tan sagrado es el sueño para mí, Dios al que venero pero que me niega eternamente sus favores, que nunca me atrevo a mover un dedo, aún sabiendo que ellos volverían a dormirse de inmediato. No tienen ni idea, están dormidos. ¿A dónde han ido a parar sus preocupaciones, sus agobios? Esos mismos agobios que te impiden estar totalmente conmigo durante el día, M., no te impiden entregarte en cuerpo y alma a Morfeo, ¡y a qué velocidad! Qué desconcierto para mí, y qué suerte la tuya. Esas angustias, me las entregaste, junto a tu simiente, hace un rato. Estoy acostumbrada: a poco que una sea insomne, llega sin avisar: todo el mundo lo hace… A menudo he tenido la certeza, presa de mi desvelo, de ir percibiendo poco a poco, y por último de estar recibiendo, una tras otra, las ansiedades de cada uno de los ocupantes de una casa profundamente dormida. Sin defensa posible, siento que me convierto, como por contagio, en el receptáculo viviente que todo lo recibe durante algunas horas, permitiendo así el descanso de los demás.

¿Cuántas horas de mi vida he pasado contemplando a un hombre en su sueño? Hasta olvidar mi agotamiento, hasta disfrutar en su lugar, maravillándome de esa sana capacidad de descansar, de mandarlo todo a paseo, incluida esa presencia infatigable y vigilante a su lado (forzosamente, llega un momento en que se rinden...). Pero ningún resentimiento, y es que, dormidos, son entrañables, más aún cuando hacen esos movimientos que son hermosas pruebas de amor: una mano se aferra a la nuestra o, de pronto, en medio del sueño, nos estrechan con un abrazo indeciblemente tierno. Por eso es importante compartir el sueño con el ser amado, pese a que, desgraciadamente, una esté condenada a no compartirlo del todo.

© Dominique Abel

O Sol
Acógeme en tus brazos
Envuélveme con tu fuego
Calienta mi alma
Ahonda hasta el fondo de mi cuerpo, donde cada parcela está pidiendo volver a encontrar el deleite de sentirse viva, pese a los heridas que han dañado mi sensibilidad demasiada aguda, a flor de piel –no puedo nada contra ello, así estoy hecha.
Sol te recibo con los brazos abiertos,
con la cabeza hacia atrás para saborearte mejor en el fondo de mi garganta, donde disuelves las ansiedades que ahí se condensan.
Te dejo el paso hasta el corazón
para que los limpies de todas sus dudas y confusiones,
y le devuelvas a su función primera, la de latir, de prisa.
Para que también vacíes mi espíritu de todo lo que le alborota
y le restituyes su paz suprema, así como su disponibilidad hacia las cosas elementales.
O Sol, has sido y eres mi bálsamo y mi aliado, desde mis primeros pasos y mis primeras penas en esa tierra.
Mi fuerza es tuya.

© Dominique Abel

Mi juventud me abandona... Ya no soy joven porque ahora ya no tengo semejantes revelaciones, o en todo caso, no sé vivirlas con tanta magia y tan plenamente. Recuerdo una noche extraña, con Haldun, que pasamos hasta el amanecer en Eyüp*, en medio de las mezquitas, pero no sabría contarlo ni expresar aquella impresión punzante que me dejó. Estábamos sentados en el mismo suelo de piedra blanca, las manos apretadas, bajo la luz de la luna llena, mecidos por el canto de la fuente de mármol a nuestro lado, en la paz pesada y enigmática de ese lugar tan bello. Teníamos el corazón unido, como dos críos.

Esa noche me marcó para siempre. Mientras sucede no nos damos cuenta de que vivimos un momento tan privilegiado. Estamos solamente locamente felices y todo fluye, percatarse de ello oscurecería todo inmediatamente. Solo después nos damos cuenta de lo que ha sido excepcional. El momento de gracia que hemos vivido plenamente sin saberlo, deja un rastro indeleble en nosotros.

Darse cuenta de eso es constatar nuestra vejez, todo lo que fue y que ya no es, pero sobre todo lo inaprensible de toda verdadera felicidad (de toda felicidad pura), aunque sin embargo forma parte de nosotros para siempre, nos ha constituido.

***Uno de los lugares sagrados de Estambul, situado junto al "Cuerno de Oro". Ahí se encuentra una de las mezquitas más importante para el mundo musulmán y es a la vez el cementerio más bello y sobrecogedor de la ciudad. Las tumbas de mármol blanco se disponen desde la base hasta lo alto de la colina que domina ese hermoso barrio.**

© Dominique Abel

Somos hijos de la libertad. Concebidos por la esperanza y destinados al aprendizaje del amor. Yo recibí demasiada contaminación de apertura y de esperanza.
Es San Agustín quien dice: *"Busca hasta que descubras que eres hallado y que siempre has sido hallado"*, y le hace decir a Dios: *"Tú no me buscarías si yo no te hubiese encontrado ya"*.
Jesucristo no tiene nada que ver con el deber ni con nada que suponga ataduras. Jesús ha vivido una fraternidad tórrida con todos los seres, sin atarse jamás a nadie.

© Dominique Abel

Las mujeres de clase media o alta, que han estado siempre trabajando, que han hecho brillantes carreras por las que son admiradas, pero que nunca se han casado, acaban adquiriendo un aspecto singular: el refinamiento sin sexo (ninguna feminidad), ¿o quizás el sexo puro y duro? En todo caso, tienen una inevitable propensión a la sequedad.

A menudo son mujeres duras y al mismo tiempo contrariadas por esa dureza que les ha ido invadiendo. Contra esa sequedad, ya no pueden hacer nada, es como una segunda piel. Posiblemente «les gustaría», pero ya no está en sus manos. Y basta con que tomen una segunda copa, salta a la vista una terrible falta de amor. Sus cuerpos, sus miradas, todo en ellas lo delata, pero ponen todo el empeño en señalar que son lúcidas al respecto y que lo asumen perfectamente, vaya, «que ha sido y sigue siendo una elección por su parte».

Sin embargo, basta que pase cerca de ellas un hombre algo tierno y seductor para que se abandonen enseguida, aunque diciendo por todos los poros de su piel: *"-Le advierto, no creo en sus embustes, a mí ya no me la da nadie. Bien sé que lo único que quiere es follarme y que jamás me querrá. ¿Qué se ha creído? ¡Yo también, para lo único que le quiero es para follar!"*.

Y se equivocan, puede que lo sepan, pero eliminan de ese modo toda oportunidad de amor aún abierta… También es verdad que quizás son raros los hombres dignos de confianza, capaces de amar.

Pese a todo, me hacen sentir mal esas mujeres. Nos traicionan y anulan lo que somos, las otras, las tiernas. Destruyen el mito del eterno femenino, que como toda mitología, arranca de la noche de los tiempos, de los fundamentos del ser.

Yo siempre he sido lo bastante sabia como para someterme, gustarme y reconocerme en ese hermosa vocación, la de amar por encima de ser amada.

Las mujeres, aunque tenemos todas las de perder, estamos destinadas al amor, lo queramos o no.

© Dominique Abel

La guitarra flamenca *es* mi sensualidad
Estamos hechas de la misma madera y de la misma voluptuosidad
Escucharla con los ojos cerrados
es pasar por todas las caricias y todas las turbaciones,
de las mortalmente más dulces, hasta las más salvajes
de lo más sutil a lo más ardiente.

La mujer y la guitarra somos muy semejantes...
¡No en balde me moriría por transformarme, durante un inciso de tiempo
fuera del tiempo, como en los cuentos, en la guitarra de P!
Pero como el misterio habita los seres vivos
sea cual sea la sensibilidad, la maestría, la receptividad
del que la coge en sus brazos,
encontrar los armónicos de una mujer, o por el contrario, sus disonancias más sorprendentes, es una tarea aún más compleja que la de dar con unos acordes que estremezcan nuestras almas y nos saquen de nuestro letargo.
¡Y cuanto más enigmática la mujer!

© Dominique Abel

Barbate, enero 1996

Para mí llegar a casa, al final del continente, significa el final de una angustia específica que nunca fue mía: una agobiante angustia existencial. Luego significa volver a lo que me es próximo, un sabor, un arte de vivir. Me subo a la terraza y, si el cielo está despejado, vislumbro las luces de Tánger, mando besos a los seres queridos que ahí tengo, no sólo ahí sino en numerosas ciudades y pueblos de aquel país felizmente vecino.

Dentro de un rato vendrá a buscarme Antonio "El Golfo" (yo le llamo el *Gato Canijo*, como los que pululan por aquí) y si está inspirado, me cantará unas letritas y nos pillará el alba demasiado pronto como siempre.

Aquella nefasta "angustia blanca", la sentí chiquetita (cuando nos arrancaron de la Francia rural y sureña), nada más aterrizar en los suburbios de la capital de la que nunca me llegue a sentir ciudadana, sino como un inmigrante más. Pero sólo pude ponerle nombre, entenderla y definirla por vez primera cuando me alejé realmente de ella, al vivir en Estambul, a mis 17 años. Entonces supe que no quería volver, mi hermano ya había puesto aquel disco de un tal Camarón y yo lo escuchaba durante horas, atrapada en aquella voz, en aquella música, como en aquella vista: el bósforo, y más allá, el mar de Mármara. A la derecha Europa, a la izquierda Asía.

Pensé que quizás un día estaría en otra punta de Europa, frente a otro continente... Aquello se hizo realidad sin proponérmelo nunca de forma concreta, me dejé llevar por un destino interno, evidente, paso a paso. Sin embargo ahora tengo que volver a menudo a la capital francesa, porque, sin entenderlos, son los que muestran más curiosidad y confianza en mis proyectos...

Extraña situación la mía, extraña constatación, aunque sabemos que raramente se valora lo que se tiene cerca... No sé cuanto durará todavía algo de aquella grata curiosidad y apertura que hizo esa cuidad feliz y viva antaño. Sólo sé que no queda rastro ahora de aquel París y que me aburren todos: desde los parisinos acomodados hasta los desengañados. Me son extraños. Hasta las mejores noches y los mejores amigos de París no me ofrecen bastante éxtasis, bastante vida, alegría, frenesí, tinieblas, música; no me ofrecen suficiente noche.

© Dominique Abel

Todos mis conocidos y amigos Barbateños, me han advertido que es mejor que no vaya sola al acantilado: "es muy peligroso".
Sin embargo, es precisamente ahí, más que en ninguna otra parte, donde deseo ir sin compañía.
Es como si me escapase corriendo y al llegar precipitadamente al borde del acantilado, necesitase detenerme para recobrar aliento y por fin vaciar mis pensamientos que el paisaje absorbe poco a poco. Así es como descanso, al borde del precipicio, de aquel acantilado inmenso y desértico.
Me sumerjo en la vista de la costa marroquí, junto a las gaviotas cuyo vuelo me da vértigo porque me voy con ellas, y a punto están de hacerme perder pie. El mar, perpetuo, es de un verde intenso y los barcos de los pescadores son como cáscaras de nueces.
Cuando finalmente mi corazón reencuentra su bendito silencio, mi mirada se inmoviliza y empiezo a percibir todo a mí alrededor, todo a la vez: una hormiga en mi tobillo, la brisa en las hojas, el sonido sordo de un avión invisible. Siento la unidad de todo, me destilo en esta realidad alucinante bajo el ardor del sol.

Nada debería perturbar esa contemplación-inmersión feliz, pero siento y pronto descubro la presencia de un hombre detrás de un árbol, con sus ojos fijos en mí. Inmediatamente, me siento íntimamente expulsada, y de una manera insoportablemente molesta, de mi tan anhelada tranquilidad.
Me levanto y me marcho a toda velocidad, mucho más enojada que temerosa. ¿Es que no hay manera de ser mujer y de encontrarse sola, en el lugar que sea? Maldita condición, en este caso.

© Dominique Abel

A N.T. In Memorium.

Los dos últimos días antes de su muerte, ya no decía absolutamente nada, no podía, sólo existía por su mirada negra, intensa, inmóvil.
Había visto en ella tanta calidez, risas, impaciencias, y también esa magnífica irreverencia suya, a veces incluso un poco arrogante, frente a un determinado tipo de imbéciles, pero casi nunca indiferencia.

¡Ahora, sin embargo, no podía saber lo que veía! Sólo estaba segura de una cosa: a mí me reconocía, porque, cuando la enfermera pronunciaba mi nombre, se animaba con una leve tensión de todo su cuerpo.
Me senté pegadita a él, se puso a dibujar obstinadamente signos en mi mano que yo no entendía; cesó, y una lágrima se deslizó por su sien. Pero él estaba más allá, muy lejos ya, bajo una luz totalmente distinta.

© Dominique Abel

La historia vuelve a comenzar cuando se termina: emociones muertas en mi corazón, que, sin embargo, vuelven a resurgir una y otra vez, cuando menos lo espero... La sabiduría no existe, no es más que una especie de muerte anterior a la muerte. La tristeza, esa es la vida, es la pena que entra por nuestras fosas nasales y nos anima.

© Dominique Abel

Nuestra última cita: ya no había nada que hacer. Yo era presa del miedo a perderle y estaba ensombrecida por ese temor. Ya nada iba con soltura y no había cabida posible para más ingenuidad.

Cuando arrancó mi taxi me volví para verle por última vez a través de la luna trasera y así contemplar lo que pronto se convertiría en su silueta. Es una cosa bien extraña esta de observar, sin ser vista, al hombre de quien nos distanciamos, un hombre en medio de la calle por la noche. Quizás sea la mejor manera de calibrar lo que sentimos por él. Le quería, sí, y me sentí agudamente desdichada, invadida por una tristeza horrible que iba a arrastrarme con la fuerza de una ola de fondo.

Había soportado tanto tiempo su constante perplejidad, su sentimiento de culpa, sus inconstancias. Él pasaba de la necesidad casi campulsiva a la desaparición. Aguanté y sufrí todas sus dudas. Todas vividas por su parte con un magistral egoísmo, en solitario, como si se tratase de un problema entre él y él, como si poco importara lo que mientras tanto ocurría dentro de mí. A partir de ese momento ya sólo sufriría por su ausencia, nunca seriamos el uno del otro.

Se dio la vuelta bruscamente y miró en mi dirección, tratando de volver a encontrar el coche. Una mirada que hurgaba en la oscuridad con una curiosidad ansiosa, como si hubiera querido –sin ser consciente de ello- recuperar, salvarlo todo. Pero yo ya estaba mezclada en el flujo de los vehículos y nunca me volvió a ver.

© Dominique Abel

Haití: lo que me sorprende es la casi desesperada vitalidad que veo en todos, que parece secular y que es también una forma de religiosidad muy suya, especifica.
Haití es aparte de todo., Es una media isla pero es otro mundo, otra relación a la memoria, la de su historia singular, alucinante. Ellos consiguieron la primera rebelión victoriosa de esclavos contra dueños. Pero por eso mismo están habitados por la memoria de esa esclavitud.

...Mientras mueren como perros callejeros y no cuentan para nadie.

© Dominique Abel

El silencio nunca dura lo suficiente. Cuando llega por fin, estoy tan feliz, me doy cuenta de hasta que punto lo necesitaba, una necesidad sin límite. Pero ahí está: ineluctablemente, algo viene a perturbarlo.
Del mismo modo, la benéfica, la necesaria pereza se ve siempre turbada por, al menos, una cosa urgente que hacer, siempre hay, por desgracia, al menos una llamada telefónica pendiente, una llamada que "debemos". Imaginar no someterse ya a nada; desaparecer, disolverse, pasar al otro lado del espejo sin ser más reconocible, salvo desde el interior de uno mismo. ¡Hum que delicia!, ¡ay como lo anhelo!

© Dominique Abel

Los niños de Haití, o los que rozan la adolescencia, como los niños del Magreb, o como los que conocí en Anatolia (en mi largo viaje iniciático de la mano de Haldun), son ante todo unas miradas que palpitan como los cuerpos de los peces: en un mismo segundo, de increíblemente dulces pasan a ser terriblemente sarcásticos para volverse repentinamente tan felices que estallan al mismo tiempo que su risa. En los ojos de algunos brillan a la vez una curiosidad y una desfachatez irresistible. Se mofan sin maldad pero de pronto aquello se trasforma en puro desden, ¡malditos traviesos!: es como para agarrarlos y sacudirles, ahí ya surge el juego entre nosotros, el juego y sus reglas.

¡Esas miradas puñales, esas miradas vértigos, para quien las recibe de lleno! Inocentes y así devastadoras, y sin embargo, he aquí que por algún misterioso motivo, de pronto, se velan con una sabiduría casi tan grave como la de los ancianos, impasibles y casi ausentes, que les rodean. ¿Cómo responder? Enseguida quisiera entregarme toda pero no vale, estoy atrapada en mi apariencia de mujer occidental, más allá de mi comportamiento que dista mucho de aquella apariencia: de ahí su curiosidad.

Y sí: la atracción es mutua, pero la posibilidad de estar en una misma comunicación se ve desgraciadamente frustrada, ahí esta la trampa: limitada, ¡pese al lenguaje sensual que es inmediato y de tal goce entre nosotros! Limitados más allá de las miradas: sin darme cuenta, respondo a las suyas con el mismo descaro y con una complicidad tan sagaz que no pueden negarla, pese a su sorpresa, a su incredulidad. Todo ello provoca en ellos una extraña sumisión hacia mí, quieren ser mis pupilos, mis súbditos, seguirme a donde vaya, pero al mismo tiempo no pueden contener una rebeldía sin medida, unas ganas irreprimibles de medirse a mí, de provocarme, de rechazar esa complicidad para la cual no me han dado su permiso.

¡Pero chiquillos!: ¿qué puedo hacer, si os entiendo demasiado bien y si me enamora de vosotros precisamente todo lo que provoca el rechazo de los demás? ¿Qué precio tengo que pagar por ello? ¡Estamos cautivos, cautivos mutuamente, pero a la vez presos de los que nos separa! Ah, si pudiese de golpe volverme la niña que era, todo sería distinto, sería otro el reparto de cartas. Yo crecí junto a los niños magrebíes, pero no estaban en su país y quizás eso lo cambia todo. Aunque ninguno de nosotros estaba en su país: la Butte era un desierto de identidades, pero nos peleábamos a diario en el descampado de enfrente, debajo de los árboles; con esa inocente violencia nos estrechábamos. Era tal el deleite que me quedé huérfana cuando nos mudamos, a mis 13 años. Entonces me fue arrancado lo más íntimo, lo más dichoso que había en mí. Nunca asumí esa separación. Es mi nostalgia secreta, hay momentos en que esa falta se hace cruel en mi cuerpo. ¿Quién puede entender eso? Es algo puro, animal, indomable, y para siempre parte ineluctable de mi esencia.

Cuando vuelvo a occidente siempre estoy abatida, hasta que me acostumbre de nuevo... Como si hubiese dejado a la vez a mis mayores cómplices, a mis amores imposibles pero también a mis hijos, porque ahí asoma la madre que

© Dominique Abel

quisiera cuidar de ellos, protegerlos y colmarlos de afecto. Me voy con sus ojos en mis ojos, con su impacto en lo más hondo de mí, y les echo de menos desconsoladamente. Tan sólo mi niña, porque es de los nuestros, ¡y cuánto! me aporta lo que vosotros: pura vida.

© Dominique Abel

Desde la ventana, le vi salir con la primera luz de la mañana, llevaba las manos en los bolsillos, como si nada. Le llamé para lanzarle la carta que se había dejado, y la carta fue cayendo lentamente, como una hoja muerta, hasta posarse sobre el bordillo de la ventana de los vecinos del primero. Era aún demasiado temprano para llamar al timbre de nadie. Entonces nos miramos con una sonrisa resignada, y nos encogimos de hombros, primero uno y luego el otro. Luego siguió su camino como si se tratase de un día cualquiera, con esa normalidad que acompaña y confirma las cosas más extrañas, más tristes y definitivas...

© Dominique Abel

Regreso a mi soledad demasiada poblada, en busca del trabajo, de los que sabrán pedir *todo* de mí, todo lo que todavía puedo dar, tantas riquezas acumuladas que no puedo sola con ellas... ¡Que sirva todavía para algo, que me arrebaten hasta la última parcela valiosa antes que me convierta en polvo! El deseo de comunicar me empuja hacia adelante, el deseo de tener ese deseo, un intenso deseo de trabajar, ¡un verdadero, bello trabajo!

© Dominique Abel

A J.Y. E. In memorium.

Atrás quedaron los desesperados días de sensualidad. ¡Uf, qué locura!
Pero queda el estupor de haber salido como en estado de gracia de aquello que yo no podía imaginar sino como un lugar de desesperanza. El amor -o en cualquier caso una de sus manifestaciones- allí donde menos se le espera. En todo caso, una vez más salta a la vista que lo que realmente importa es lo humano, es decir, que sigue siendo el amor lo que nos mueve, agazapado ahí detrás, incluso en aquellos que sólo quieren verse a sí mismos como cuerpos vaciados de todo ser.
Nos presentamos allí la mar de nerviosos, pues no teníamos ni idea de lo que correspondía hacer (no esperábamos ritual alguno; en el occidente del XXI, los ritos sólo pueden ser engañifas). Un claro deseo de anonimato nos llevó allí, pero dejamos enseguida el lugar porque todo estaba muy personalizado.
Encontramos allí, ya fuesen verdaderos o falsos, ternura, fervor y hasta, sí, lo aseguro, cierta pureza en aquellos besos exaltados dirigidos a mis manos cuando quise huir, después de todo. Era lo pactado: en cuanto uno de los dos deseaba irse, el otro le seguiría de inmediato, sin poner reparos.
Fue con él, mi cómplice, con quien sucedió lo más hermoso. Estábamos lúcidos y conscientes de todo, y, pese a ello, despreocupados y libres de remordimiento. Regresamos a las calles vacías, a la fresca noche de París. Solamente con él era capaz de hacer algo semejante. Él y yo estábamos profundamente unidos, y es que nos parecíamos en lo extremo, en aquello que los demás nos reprochan por no poder admitirlo. La nuestra era una alianza de críos, como si nos conociésemos desde la más tierna infancia, como si hubiésemos compartido juegos sagrados, el pacto sellado con sangre en las muñecas. Nuestras infancias debieron de parecerse, sin duda ambos fuimos seres solitarios que sufrían en secreto.

© Dominique Abel

Vuelvo de un *"mandao",* pero fuera está todo desértico, ahí está mi Barbate desolado: el Levante sopla sin piedad y deja aún más visible aquella inocente poesía a la cual se ve abandonada el pueblo. Cada uno se esconde en su casa hasta que pase. ¡Qué acostumbrados están a las iras súbitas de este viento tan bronco qué no respeta nada a su paso! Desde Tarifa hasta Conil, los habitantes del Estrecho son iguales a lo que sería el entorno de un ser caracterial: ¡se resignan a ello como a una fatalidad, se rinden con el solo fin de que pase lo antes posible! Sí, este viento se parece a una persona, se diría que está lleno de intenciones, devastador, implacable. La decadencia económica y cultural de Barbate no le basta, destruye los decorados anunciadores de la Feria que se acaban de poner para embellecer y alegrar, fustiga a los jóvenes árboles que acaban de ser plantados, desmantela los barcos más viejos y hermosos que yacen donde quedaron olvidados, allí, en la orilla del viejo puerto que se va pudriendo poco a poco... Pero dónde el Levante se manifiesta con más malicia es con los cubos de la basura: extirpa los desechos, luego los arrastra y esparce por toda la ciudad, desde los edificios nuevos hasta el Casco Antiguo, pasando por la playa –dónde apenas se comenzaban a ver los frutos de una campaña de limpieza.

Se deciden por fin a *educar*, pero el Levante sólo quiere animar la barbarie de este pueblo perezoso e indolente. Cuando por fin se calme, Barbate recobrará su configuración eterna: sol y suciedades.

© Dominique Abel

Me siento a mí misma, de forma innata, en la diversidad, y a esas alturas, una contradicción más no me importa… De la misma manera que siempre me he sentido atraída por diferentes formas de expresión artística, quisiera ser también una persona pasiva y activa al mismo tiempo.

Quizás esto me haga ir más despacio en las cosas que realizo, pues veo que este mundo funciona si uno es productivo y especializado. Hay que dar una imagen única de uno mismo, un perfil bien definido (hasta un "personaje") para no desconcertar, para que puedan quedarse con uno en la memoria... Diversidad en lo que me atrae y en mis capacidades, pero no por falta de profundización, sino porque, al contrario, mi sensibilidad es terriblemente receptiva, y porque las diferentes artes se comunican. Luego para quien lo hace, no hay ninguna separación entre la vida y su arte.
En la vida, *reconocer* esto es siempre una cuestión de revelaciones, a las que somos inducidos cuanto más sensibles seamos y más lejos nos hallemos de la seguridad. Yo soy *Una* y *Múltiple*, me siento múltiple en la unidad de mi ser.
Llevo tan dentro de mí ese *camaleonismo* que he cambiado físicamente dependiendo de los países en que he vivido; cuando los he amado bastante y mi alma se ha dejado penetrar por ellos, y se han quedado estampados en mí, incluso yendo de paso, incluso para volver enseguida al mismo rostro de antes. Ese mimetismo no viene a ser otra cosa que una intensidad y un gusto por la vida y por los otros, una curiosidad que nos impulsa y que parece hacerlo todo posible, como cuando se es niño.

Envejecer no es más que perder poco a poco todo eso y aprender a racionalizar y a calcular. Y es así como el arte también deja de ser generoso.
Yo quería (y aún quisiera) ser todo a la vez: directora de cine, funambulista en un circo ambulante, bailaora y bailarina -de muchos estilos de danza-, escritora, actriz con papeles consistentes y difíciles en películas buenas, y sobre los escenarios también. Además… cantante de cabaret, limpiabotas en la calle acompañada de la voz de Piaf, y también pintora, dibujante, decoradora. Y luego, ¡como no!, ser la dueña de un lugar flamenco (con todo lo que eso implica, incluido la palabra *dueña),* donde escucharía a mis artistas queridos cada noche a puertas cerradas.
También sueño con ser guardiana de la Alhambra, o me gustaría ser mujer indolente, mantenida y enamorada, que se pasa las horas al sol en un balcón de Trebujena, y también mujer de un musulmán en un país musulmán (ay sí, sería capaz de eso si ese marido fuera bueno, guapo, inteligente, tan culto como verdaderamente maduro, sutil y sensual).
Inicié mi vida amorosa en Turquía, puede que la acabé en Marruecos.
He sido pájaro noctámbulo que no quería perder una pizca de vitalidad ni comprometerse en modo alguno, hoy disfruto siendo madre y ama de casa. También me gustaría ser madre de niños medio gitanos en la Andalucía de Cádiz. Y hasta delincuente, concretamente atracadora de bancos con mi amor, y -sólo por unas horas- drogadicta en la Línea de la Concepción, frente al mar.

Creo que, pese a todo, debe de haber una manera de llegar a hacer algo con la riqueza de semejante diversidad. Se trata de lograr hacerlo comprender a todos los que no ven más allá de lo que le dan seguridad, le asegura un

© Dominique Abel

rendimiento, una regularidad, y que creen conocerse –ignorando todos los seres que hay en ellos...
Quisiera encontrar una vía entre el trabajo y la afición, para no ganar en habilidad, corriendo el riesgo de perder en sinceridad.

© Dominique Abel

Tal vez mi vida no ha sido nunca otra cosa que la asidua transformación de los sueños en realidad.

© Dominique Abel

Ha tenido desde siempre una sed de conocimiento sin límite, luego ha conocido en exceso las alegrías y los castigos de la pasión y del orgullo.
Le ha tocado ser todas las mujeres, una tras otra, heroína de tragedia, de drama o de comedia. Lo aborda todo con el mismo fuego, porque se siente nacida para todo, y tiene que cumplir con esos dones que le han sido generosamente ortogados. Pero eso molesta a aquellos que lo llaman "su intensidad" y que, para ella, es la vida misma. Lo entiende, pero ¿qué puede hacer? ¿Como no ser uno mismo?, ¿como sujetarse, reducirse, desnaturalizarse, sin morir un poco?

© Dominique Abel

Recuperarme, volver a encontrar mi camino es ante todo recuperar mi voz: está desentonada. Más aún que los rasgos, la voz refleja nuestro estado psicológico y físico. Así que, ya puedo esforzarme en inyectarle una buena dosis de energía y de ánimo… el timbre no engaña.

Llevo demasiado tiempo escuchando: *-"¡Que voz tan pequeña tienes!"* No quiero más esta voz pequeña, sólo quiero reencontrar mi pequeña estrella: *"chiquetita pero firme"*, como la que canta Camarón, y como siempre ha estado presente en mi vida, más allá de los altibajos, de la plenitud y de las vicisitudes de toda existencia.

Ni mi voz ni mi camino han sido principescos... ¡No!, nunca desplegaron alfombra alguna ante mí, son caminos que he encontrado sola. Son pequeñas voces dentro de mí, pero que sueñan muy alto, y nada ni nadie, ha podido ni podrá hacerme dudar de ellas.

© Dominique Abel

Lo que algunos llaman *duende* (palabra, concepto, estado, que no significa nada para otros) es para mí los momentos mágicos del flamenco: cuando se vuelve visible y se presencia... lo invisible y lo presente.

Eso lo he escuchado, visto, sentido en mi carne, en ninguna otra circunstancia y jamás fuera del flamenco. Nadie lo puede negar, que me crean o no, no tiene importancia alguna, « ¡que te quiten lo bailado! »…

© Dominique Abel

De acuerdo, soy mujer, como ese cuerpo que se coge por la cintura y se vuelca hacia atrás, ¿y?
Sólo la sed de aprender me mantiene despierta: ya no me puede bastar ni la repetición de lo vivido, ni una nueva soledad, más aguda.
Soledad deseada y dichosa hoy, quizás más dolorosa mañana, porque voy a envejecer.

Así es como me encuentro: en espera, concentrada, sin ilusiones, pero sin terminar.
No, no estoy acabada, ¿qué, o quién me rematará?
¡Pese a todo, sigo siendo dinamita sin utilizar!

© Dominique Abel

Quizá mi dolor atravesó, atraviesa y atravesará distintas formas,
tal vez se modifica imperceptiblemente,
pero su esencia será la misma siempre,
y sólo acabará con el final de mi vida.

© Dominique Abel

Me queda, indemne, la sed conocimiento, la curiosidad. Es la única potencia que no acaba moderándose con el tiempo.
Y luego, si con los años nuestros pensamientos y nuestros sentidos envejecen, no es que pierdan agudeza, simplemente se hacen más sutiles.
Encontrar un amor que lo sepa reconocer, que esté en ese mismo estado!...

© Dominique Abel

Continúo creyendo en mi proyecto, a pesar de todo. Lo importante es que sé que misterio quiero atrapar -solamente en esos casos estoy segura de tener algo que dar. Sé, conozco los arcanos de esta obra. ¡Tengo el secreto de esta película, tendré pues que encontrar los medios para ella!
Pero he decidido, un tiempo, dejarla tan solo en las manos del destino, debo tener confianza en mi suerte.

¡Si creo en lo que hago es porque viene siempre con una evidencia tal!
Así, ¡*bang*! Entonces, no puedo dudar, lo tengo que hacer.
Sin embargo siempre he tenido que luchar por todo cuanto emprendí, nada fue fácil nunca, espero que mereciera la pena.
Las películas eran vitales, eran y todavía lo son.
Aquellas dos próximas, o las hago o me muero. No exagero, eso es lo peor.

"Amansé" con tanto esmero, ardor y respeto a los más inexpugnables, los más huraños flamencos. También compartí sus momentos de comunión jubilosos y secretos. Me lo han dado todo; y es que para pedir mucho, hay que ser generoso.

Yo hago películas de amor. Si esto se vuelve demasiado difícil, en cuanto haya realizado estas dos que están "por venir" -que nadie podrá quitarme-, me pondré a trabajar entonces con total independencia, no sé cómo, pero lo haré. Y es que para mí filmar es respirar, luego es un placer ¡así que no puede volverse una pesadilla!

Yo no tengo ni gusto ni don alguno para buscar a los que financian, soy de una franqueza terrible y voy de frente, sin protección. Así que sería mejor que diera con gente buena, receptiva, visionaria e imaginativa, y no frioleros o mediocres... Esos letárgicos, ciegos y sordos sin saberlo, desde demasiado tiempo, hasta el punto que nos entran ganas de bostezar a su lado... Esos interlocutores frente a los que una, con el tiempo, se encuentra muda de repente.
Dos cosas me vuelven muda: la felicidad absoluta, en comunión íntima con un ser o con la naturaleza, o la certeza de que la palabra es puro desperdicio, porque sabemos ya sentir en seguida que no tenemos nada, ni siquiera un lenguaje en común.

© Dominique Abel

Presentación de “LO OCULTO″: un texto de encargo, que nada tiene que ver con PROSA DEL ASFALTO

Preámbulo:

Ese texto es un encargo: un día una mujer que trabajaba para las ediciones Conde Nast me llamó: iban a publicar el " Vogue Beauty Book" que sería un libro "sublime", ilustrado por los fotógrafos de moda más importantes, y acompañado por textos que tendrían como asunto diferentes temas escogidos por la redacción. Los autores de estos textos eran escritores o periodistas prestigiosos. Entonces, como ex modelo que escribe, me proponían escribir sobre uno de estos temas...

El problema era que ya casi todos estaban ya tomados, sólo quedaban uno o dos, entre otros:" la cirugía plástica”. Era capaz evidentemente de escribir 2000 palabras sobre este asunto, pero no me entusiasmaba, iba a escribir lugares comunes: somos demasiado numerosos sobre el planeta que siente un escalofrío de horror, al haber asistido a la transformación de un bellísimo negro que bailaba como un Dios en un extraterrestre blanco-gris calavera horroroso. Demasiados a compartir que el querer luchar contra la inevitable vejez, no sólo es vano sino que a veces llega al patético.

Me propusieron venir a la editorial, porque, “sin duda alguna”, afirmaba mi interlocutora, “las fotos iban a motivarme”. En cualquier caso, pagaban correctamente, y estaba necesitada, así que fui. La redactora jefa, una americana cuya sonrisa llegaba a un punto de falsedad tal que casi ofendía la vista -una sonrisa que no disimula una frialdad terrible, de esa que te penetra como un elemento hostil y difícil de aguantar, me recibió desde el primer momento con una impaciencia y una dureza que caracterizan a menudo este tipo de mujeres. Posiblemente será la consecuencia de su función cuando es ejercida desde hace tiempo. Me mostró fotos: los fotógrafos habían conseguido “glamurisar” a la cirugía estética... Jóvenes mujeres bandadas de los pies a la cabeza, cubierta de curas, gracias al esteticismo muy puntiagudo de estos fotógrafos, se volvían, así, muy deseables: de hecho era una estética mórbida y algo glacial también. Esto no iba a ayudarme a escribir.

Sobre la mesa me llamó la atención una foto que en un primer vistazo pudiera haberse tomado por una imagen casi medieval. Era una foto en blanco y negro: una mujer de espalda llevaba una gran capa con capucha, una luz de rayos discretos, casi mística, caía sobre las líneas depuradas de su ropa y por de su cuerpo cuya porte era singularmente majestuoso.

Pregunté: -"¿Y esto?", "¿Esto? Eso es el otro tema que queda: “Lo Oculto". ¡Eso sí que me interesaba! Otras ilustraciones estaban previstas para acompañar a la temática: retratos con gafas de sol como pantallas negras, o bien caras que se vislumbraban bajo velos de seda, gasas etc. La jefa americana, viendo mi interés inmediato, no puso ninguna pega: tenía prisa, el asunto zanjado "vendido". Pero era a mí a quien preocupaba Adivinando que lo que este tema me inspiraría precisamente no iría en la línea de "Vogue Beauty Book", tenían como bello asegurarme que se trataba de textos no frívolos, con toda libertad de pensamiento, aunque veía todo esto quedaba fashion. Les digo entonces que mi texto corría peligro de no ser "políticamente correcto", en lugar de alarmarse, tanto la redactora como su asistenta - la que me había llamado parecieron excitarse a esta confesión: - " ¡Es precisamente lo que buscamos! No queremos lo políticamente correcto." Yo adivinaba

inmediatamente cual podía ser la amplitud del malentendido: ellas debían esperar algo como "La Vida Sexual de Catherine Millet " y no el texto que sigue, que se sitúa a loa antípodas... No se puede imaginar un texto que va tan radicalmente a contra corriente de todo lo que "vende" el Vogue y las revistas femeninas occidentales. Si "transgresión" había, no iba en absoluto en el sentido que imaginaban...
A pesar de todo, fuerte de su promesa de " libertad total ", el acuerdo fue concluye. No había más contrato que cuando me posaba como modelo... Entonces, educadamente, pedía que me enviaran por escrito su acuerdo sobre el tema que me fue asignado así como la retribución. Allí, la redactora en jefe levantó la mirada al cielo con una irritación terrible que quería significarme la falta de elegancia de mi demanda. Entonces, todavía no había levantado la cuestión, y la cantidad de estafas que he padecido como modelo para empezar -y ya que se trataba bien de la misma gente-, no era para tranquilizarme.
Por desgracia llevaba razón: 15 días más tarde, jamás les enviaba mi texto y yo no recibido la menor respuesta. Lo volví a enviar con acuso de recibo, pero esto no cambiaba nada: probablemente mi texto no sería publicado y no iba a ser pagado para este trabajo de encargo lo que había sido concedido no fue respetado. Mi abogado envió una carta que no obtuvo más respuesta.
Fuerza era comprobar que me había hecho rodar una vez más, mientras que el solo objeto, la sola motivación de este trabajo era para mí su remuneración.
Habiendo siendo negado por Conde Nast sin que nadie se tome el trabajo de escribirme un pequeño correo que explique esta negativa, escojo deliberadamente publicarle sobre el sitio, con el fin de que algunas personas puedan descubrir un punto de vista (¡es la palabra adecuada!) diferente...

LO OCULTO

Lo que voy a escribir aquí no es "políticamente correcto".
Sin embargo, mi intención no es en absoluto provocar. Provocar es fácil, a menudo gratuito, y genera como repuesta, una reacción casi epidérmica, que no va más lejos que la provocación misma. Finalmente, nada está cuestionado profundamente: los provocadores parten de lugares comunes, los provocados son incapaces de salir de ello, y todo vuelve a su orden.
Esto para decir que me gustaría, queridos lectores, que antes de protestar inmediatamente y con vehemencia como lo hicieron -seguras de su buen fundamento, de la superioridad de su punto de vista y de su legitimidad a pregonarlo- algunas ilustres actrices francesas sobre el asunto del velo de las musulmanas en las escuelas publicas, no hagáis como ellas y os toméis todo el tiempo necesario para reflexionar -puede que sea necesario años, observación y vivencias para acompañar esa reflexión hasta su madurez-antes de reaccionar.

Pero antes de abordar tan delicada cuestión, empezaré por algo más frívolo: las gafas de sol.
He aquí un objeto que, desde su invención con fines prácticos, se ha ido convirtiendo en objeto emblemático. Al principio, estandarte del *Star-System*, de una estética del misterio (permanecer en el anonimato) y luego del esnobismo, son hoy el emblema de todo el mundo, pese a su precio exorbitante, ya que antes de nada, se trata de lucir una marca, en una patética tentativa de pretender pertenecer a la *"Jet Set"*. Mostrándose cada vez más grandes, las marcas, por su ostentación misma, se

© Dominique Abel

convierten en vulgares, e incluso ridículas -¡ah, esos logos más grandes aún que las patillas! En tiempos anteriores, la distinción consistía en la discreción misma de la marca, como un secreto íntimo, una ropa interior lujosa; el lujo era ese secreto mismo.
Ostentosas y elocuentes, su mensaje está hoy bien claro: "QUIERO ENSEÑAR TODO LO QUE QUIERO ESCONDER". ¿Y que se esconde detrás de esos cristales ahumados? Frecuentemente un vacío, el vacío vertiginoso de una sociedad integralmente volcada hacia la apariencia, culto al que millones de adeptos están dispuestos a sacrificarlo todo y poner todo su cuidado, su tiempo, su esmero, en inmolarse a ese único ídolo: la apariencia. La mujer del verano lo puede enseñar todo, pero tan sólo su mirada, se esconde. Cuando uno pone al alcance de todas las miradas su propio cuerpo, es preciso preservar lo que más dice de uno mismo -a menudo a pesar nuestro- la mirada. Las gafas de sol se convierten en una armadura para protegerse de su propia exhibición, y no tener que afrontar las miradas que ésta provoca. Es en esta paradoja, en este doble juego del "enseñar" y del "ocultar", donde radica la impostura moderna.

En las antípodas de esa manera de presentarse al mundo, tenemos a las mujeres islámicas, con todos los matices del velado y desvelado según los países, costumbres y regímenes, incluyendo aquellos en los que la elección es libre y donde, al contrario de las ideas preconcebidas, una gran mayoría de las mujeres eligen, pese a la modernización y a la occidentalización, preservar sus costumbres, yo añadiría, preservarse sin más. Digo bien *eligen* (conozco íntimamente a más de una), ya que occidente, desde su paternalismo inquebrantable, no supo nunca ver en esas mujeres, otra cosa que pobres víctimas de un *diktat* machista y religioso.

Nos encontramos ahí, en la posición exactamente contraria a la que acabo de describir más arriba. El cuerpo no es enseñado, esta disimulado en una ropa larga y ancha que *no ofrece nada a la vista y todo a la imaginación*. Los ojos, por el contrario, son lo único visible, dando a la mirada una fuerza singular. Ya que lo demás es invisible, estos ojos no están a la defensiva, observan confortablemente, y expresan y transmiten a menudo más que otros ojos. Y que no me vengan a decir que expresan unilateralmente docilidad y sumisión, como una lección aprendida y adquirida, no, observad bien: expresan según, dulzura o indignación, unas ganas de burlarse irreprehensible o una alegría compulsiva, turbación o, por el contrario, una inmensa indiferencia o un implacable desdén.

Vuelvo a la idea de víctimas cautivas y me pregunto cuales son las más víctimas, las más esclavas y las más libres… La liberación sexual ha hecho verdaderos estragos en muchos corazones de las mujeres occidentales y nuestras jovencitas "liberadas" de hoy son, más que nunca, esclavas de su apariencia.
Para un adolescente, el look es esencial: es hacer su entrada en el mundo, afirmarse en él. Pero, en la época de mi juventud se quería un *"look"* (no se llamaba así) subversivo frente a los adultos y frente al mundo que rechazábamos tal como era. Hoy el look tiene que estar lo más sometido posible a la tiranía del mercado, la Moda es la manada de la que se quiere formar parte.
¡Si pudiéramos medir hasta que punto la visión del mundo en el cerebro de un joven adolescente de hoy, se ha reducido asombrosamente a una visión de un mundo de mercado! Incluso en las chabolas de la Cañada, donde tengo amigos, estoy alucinada de comprobar esa voluntad de doblegarse -hasta la renuncia de uno mismo y de su

© Dominique Abel

cultura propia- a la Moda Mundial. ¡Increíble: un niño gitano de nueve años se ha hecho recortar minuciosamente el logo Nike en su pelo casi rapado! Cuando me meto con él: "¡Así que ya está!, ¿Te has marcado con el hierro Nike? ¿Afirmas: soy un esclavo Nike? " Se vuelve rojo de ira y me contesta, falto de argumentos, con patadas en broma. Esto, significa que es perfectamente consciente de que es una necedad, pero que debe someterse a ello, quizás aún más, viniendo de una minoría marginalizada.

Entonces, entre nuestras jóvenes occidentales que sólo viven dentro y para la mirada del otro, *fashion victims*, dúctiles y maleables a voluntad y esas mujeres protegidas de la mirada externa, ¿cuales son las más libres, las que están más tranquilas?

Puedo testimoniar, a lo largo de mis años de modelo, que esa mirada del otro puede ser mortífera, y he podido sentir en mis compañeras, que cuanta más importancia se le da, más posee una potencia de destrucción irrevocable: mirad esas actrices que luchan vanamente contra el envejecimiento, hasta lo anticipan y sacrifican su arma más potente, la expresividad, por la tersura rígida del Botox. Yo era pre-adolescente cuando explotó la revolución sexual en Francia y recuerdo como se convirtió rápidamente en un verdadero diktat: era preciso ENSEÑAR TODO, exhibirlo todo, sistemáticamente, cuerpo y sentimientos. Si no, enseguida, una era presa de un sarcasmo sin piedad, de un escarnio feroz, frente a lo cual, una adolescente está completamente desarmada...
¡Si pudiéramos poseer a esa edad suficiente aplomo y armas dialécticas para resistir! ¡Si entonces fuésemos capaces de tener la audacia de seguir sólo nuestro corazón y nuestro cuerpo, mucho más sabios de lo que se les supone!
Siempre es demasiado tarde cuando comprendemos que lo que nos impresionaba entonces era una vana y enorme farsa: la comedia humana. Nos damos cuenta de la vacuidad y de la vanidad de toda pose, y sentimos lástima hacia aquel preso que sólo se siente existir en la mirada del otro.

Como modelo sufría terriblemente al verme calibrada, expuesta como una mercancía y comparada con otros cuerpos, pues, ya se tratara de directores de castings, clientes o incluso de fotógrafos, tenían todos la misma fastidiosa tendencia a olvidar que detrás de aquellos cuerpos, había personas, venidas de horizontes muy diferentes, almas y corazones que latían como los de los pajarillos heridos recién capturados. Heridas sí, mortificadas, por esas inmisericordes miradas que acechan la imperfección, heridas por esa competición en directo que se desarrollaba ajena a nosotras, sin que nuestra fuerza de carácter o nuestro talento entraran juego.

Entonces me venia a la memoria una extraordinaria experiencia, que siempre recordaré con nostalgia.

Vivía entonces en Estambul con mi hermano mayor. Recién llegada, joven europea con mis bermudas y mis camisetas ajustadas, me topé con la mirada de los hombres, pero no aquella que te desnuda a través de tus ropas, sino fija a los ojos, sopesando hasta cuanto eras capaz de asumir tu vestimenta y tu actitud desenvuelta. Sí, miradas sexuadas y no sexuales, que te hacían calibrar hasta que punto eras inconsciente de tu provocación y de tu *poder* de turbación sobre los hombres.

© Dominique Abel

Para sustraerme a aquellas miradas, no podía más que bajar mis ojos. Un día no aguanté más, no pude resistirme a una impostura- en la cual presentía que me sentiría mucho más cómoda, incluso más en mi sitio- : me puse un amplio vestido largo hasta los pies, cubrí mi cabeza dejando solo mis ojos al descubierto, salí a la calle y... ¡ qué descubrimiento!
Era el mundo al revés y el alivio de una libertad totalmente desconocida hasta entonces: ¡no era a mí a quien miraban, sino que era yo quien miraba de incógnito! Me había vuelto anónima, una mujer turca tradicional, chapada "a la antigua" y todo el mundo me dejaba en paz.
En fin, liberada de mi apariencia, podía saciar mi curiosidad y sed de conocimiento, que han constituidas siempre mi más secreta felicidad.

© Dominique Abel